



EL SUEÑO DEL REY

Raúl Dávalos

EL SUEÑO DEL REY



Primera edición: julio 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Raúl Dávalos

ISBN: 979-13-87814-78-6

ISBN digital: 979-13-87814-79-3

Depósito legal: M-16064-2025

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mis padres.

A Mayra.

A mis hijos.

A mis nietos Isabel y Marcos.

A Georgy y el resto de la camada.

Y a Kaisaríon.

«Di al rey que la gran casa ha caído.
Apolo ya no tiene aquí su morada, ni brotes de laurel sagrado;
las fuentes están silenciosas, las voces están calladas».

Pitia, sibila de Delfos
(Última profecía)

«Con tales hombres, habría podido conquistar el universo».

PIRRO

«Demasiados Césares no es bueno».

Ario Dídimo

«Summum ius summa iniuria».

CICERÓN

«No llores por mí.

Pensad en la pestilencia y la muerte de tantos otros».

MARCO AURELIO

«Después de haber escuchado lo que su corazón deseaba oír,
lo que él pretendía, volvió a Egipto».

QUINTO-CURCIO
(Alejandro ante el Oráculo de Amón)

«Una voz no puede llevarse la lengua y los labios que le
dieron alas.

Sola debe buscar el éter».

GIBRÁN KHALIL GIBRÁN

1988

-1-

—Colocan la primera piedra el 26 de junio —dijo el hombre y absorbió una bocanada de tabaco.

Miró a los cuatro que le rodeaban, puso a un lado su pipa, exhaló el humo y agregó:

—Disponemos de cinco meses para todo. Nos urge cumplir lo acordado.

En la sala de una casa de gruesos muros encalados y baja techumbre, enclavada en el barrio antiguo de Alejandría, sobreviviente a siglos, terremotos e inundaciones, se encontraban cinco personas sentadas en círculo, fumando alrededor del narguile. La tez cetrina, rizados turbantes y largas chilabas, denotaban su procedencia nativa. Cualquiera los hubiera tomado por musulmanes egipcios, pero lo eran solo en apariencia. En realidad, eran griegos alejandrinos seguidores de Zeus Amón. Y la frase que acababa de pronunciar el que parecía mayor en edad, había sido la señal esperada para hacer valer su verdadera filiación. Un anuncio aguardado por veinte siglos.

Hacía más de una década, se habían dedicado a penetrar cada uno de los estamentos encargados de la ejecución del nuevo edificio. Desde el encargado de obras, hasta el jefe de proyecto, los arquitectos e ingenieros a cargo y guardias de seguridad.

La primera institución de la Antigüedad que reconstruiría el mundo moderno.

—Avisa al oasis, Sharak —le indicó a uno de los cofrades—. A partir de hoy estamos enteramente bajo sus órdenes. Así ha sido convenido.

Luego se volvió hacia los otros tres y expresó en tono grave:

—Andando. Saben lo que tienen que hacer. Nada puede fallar.

Se puso de pie con un movimiento ágil y se perdió detrás de una cortina.

Los otros cuatro se marcharon. Cada uno tomó un rumbo distinto.

Adel Montazh atravesó el único dormitorio, ocupado por un camastro sin ajuar y una mesa sobre la que descansaba una lámpara fluorescente portátil y un maletín negro. Tomó la luminaria, dejó atrás la cocina desprovista de víveres y salió al patio trasero.

Por la sobriedad del local era evidente que allí no residía nadie. Una vivienda anodina testigo de extrañas reuniones de los Rakotis: la cofradía más antigua del mundo. Congregada anualmente en aquella sala durante dos mil cuarenta y cinco años.

Hoy, finalmente, se empezaba a cumplir el objetivo de la hermandad: proteger el legado de uno de los monarcas más importantes de la historia. Y con ello, salvar la mayor concesión del mundo antiguo a la civilización. Dos reliquias añoradas por los hombres de cualquier latitud y rastreadas por arqueólogos e investigadores durante centurias.

Como si fuera poco, no se trataba de la herencia de un rey, sino de una extensa dinastía. Pero el monarca fundador no se había conformado con defender sus heredades. Debía dejar constancia —aunque oculta— del triunfo de su estirpe. Le demostraría al mundo que se engañaba al creerle un perdedor. Los Rakotis harían valer la confianza. Un testimonio reservado al futuro que redimía y honraba al pasado.

Adel aún no lo podía creer. Hacía cuarenta y dos años que aguardaba con impaciencia poder tomar aquella decisión, pero sentía sobre sus hombros el fardo de los veinte siglos que la organización había guardado el secreto... y la encomienda.

«¿De quién sería la idea luminosa?», se preguntó. «¿De la reina?, ¿de su hijo, el rey que nunca fue, antes de morir olvidado? ¿O del nuevo tutor, Filipo, el último de los *somatophylakes*?¹ Quien, junto

1 *Somatophylakes*: en griego, plural de *somatophylax*: guardacuerpo o guardaespaldas.

a Nectab, escolta real, había fundado la sociedad destinada a salvaguardar los tesoros y la vida del joven corregente, evitando que Rhodon, su preceptor en palacio, le pusiese en manos de Octavio para que le estrangulara.

Cuántos misterios a revelar con un simple manuscrito. Los *somatophylakes*: la guardia personal de Alejandro, dada por extinta casi tres siglos antes de Cristo, y que, sin embargo, había seguido respaldando a los lágidas fungiendo como eruditos consejeros durante otros trescientos años. Siempre ante juramento de lealtad al magno rey, en una velada iniciación, escogidos entre los soldados más valerosos, empuñaban el cetro regio y prometían cuidar con su propia vida la del soberano, como nadie había podido defender la descendencia del conquistador macedonio.

Y Filippo no iría nunca al puerto de Berenice ni pondría rumbo a la India como pretendía Rhodon. Le llevaría a Siwa: la tierra de palmeras, donde el procónsul Cayo Cornelio Galo, Prefecto de Egipto² —enfascado en sofocar en Tebas una rebelión a manos de los seguidores ptolemaicos— no le buscaría, estando el rey oculto entre amonitas nativos, ayudantes del sacerdote del templo...

Adel ahuyentó los pensamientos provenientes de las múltiples lecturas al manuscrito del soberano.

En sus atribuciones no constaba la de leerlo. Nada más resguardarlo. Pero él, siendo elegido un Rakotis desde muy joven, no había podido resistir la tentación y, violando el juramento en más de una oportunidad, lo devoró hasta aprenderlo de memoria. Una historia tan conmovedora que resultaba torturante no darla a conocer y a admirar a todo el mundo.

En el patio movió un barril lleno de cestos, sacos y garrafas de vino vacíos. Debajo surgió una trampilla. Tiró de la argolla, pero esta no se movió.

² Prefecto de Egipto o *Praefectus Augustalis*: gobernador del Egipto romano. Era escogido en el orden equestre, pues los senadores y miembros del orden senatorial, ocupantes habituales de los puestos de gobernador, no tenían derecho a permanecer en Egipto. El prefecto gobernaba esta provincia fundamental, rica en trigo, en nombre del emperador (o Augusto).

Buscó un cuchillo y removió el lodo endurecido, acumulado durante años en los bordes. Hacía trece que no entraba allí. La última, en 1974, cuando se lanzó el proyecto de reconstrucción. Después se haría un largo silencio y una tenaz labor de infiltración en las instituciones egipcias a cargo la reedificación. Ahora casi llegaba a su fin, pero aún faltaba el paso más trascendente.

Se auxilió de una barra metálica y tiró por segunda vez de la anilla. La tapa se levantó ligeramente. Con esfuerzo, la corrió hacia un lado sobre el piso. De la oquedad escapó un vaho acre pero seco, señal de que la humedad no había hecho estragos en el interior. Introdujo una escalera de madera en el hueco, tomó la lámpara y bajó.

El mensajero enviado por Adel al desierto llegó a la casa preparada por los Rakotis, en el extremo sur de la ciudad. Apenas reparó en el bello patio que comunicaba las habitaciones, donde una fuente susurraba su melodía a un parterre plantado con jazmines, rosas y azucenas.

Entró en una de las estancias, tomó un bolso de piel de encima de la cama y revisó su contenido: el permiso para fotografiar áreas patrimoniales expedido por el Departamento de Antigüedades de El Cairo, la cámara Nikon F4 de 35 mm recién salida al mercado y un rollo de libras egipcias³ equivalente a cuatrocientos dólares.

Leyó las señas auténticas del pasaporte: «Nikos Ritsos. Nacido en Atenas. Fotógrafo de profesión». Examinó la fecha de emisión y alzó las cejas sorprendido: Hacía ya tres años que vivía en Egipto. En el bolsillo interno de la chilaba echó la cédula falsa a nombre de Sharak Hakem. Una caracterización que hacía mucho tiempo juzgaba como su genuina identidad.

«Cualquiera de las dos fichas e indumentarias puede revelarse favorecedora ante las fastidiosas preguntas de las autoridades. En Egipto nunca se sabe», pensó.

Colgó su bolso al hombro y salió a las bulliciosas calles de Alejandría, camino al oeste. El viaje en el todoterreno al desierto pronto pertenecería al pasado.

³ Libra egipcia: en árabe egipcio, *ginaih*.

Dentro del sótano hacía calor y el olor a cal era sofocante, pero Adel acariciaba una sola idea: sacar a la luz el manuscrito del rey, aguardar a su heredero, que llegaría posiblemente al día siguiente, y depositarlo en el lugar convenido.

Entonces ellos podrían reposar. El mandato del monarca sería cumplido. Dos mil años después este descansaría en paz. Su honor y legado serían restituidos. Y a los Rakotis, sucesores de la escolta de Alejandro, les correspondería disolver la hermandad.

«Aunque el mundo nunca lo sabrá». El pensamiento le remordió la conciencia.

Tantos siglos de espera, ardides, maquinaciones, crímenes, mimetismos, conjuras... para que al final el manuscrito terminara nuevamente oculto para siempre, sin que nadie supiese del tremendo papel que su destinatario había jugado en la historia.

«¿Y si le sacamos una copia?», se preguntó, tratando de compartir con un cómplice imaginario la apremiante culpa. Pero la idea era solo suya y le visitaba periódicamente desde hacía dieciséis años, cuando en 1972 Mustafá Al Abaddi, profesor de historia greco-romana de la Universidad de Alejandría, propusiera por primera vez la reconstrucción de la biblioteca y su voz había encontrado apoyo en Mamdough Lofti Diowar, rector de la institución, y más adelante, en el gobierno egipcio y en la UNESCO.

«En resumidas cuentas, el secreto guardado por los Rakotis durante milenios ha sido posible gracias a un duplicado. O a varios», pensó mientras retiraba de la pared una losa de cerámica vidriada con la imagen de un carnero en su superficie.

Con el cuchillo rascó los bordes del mosaico y desprendió los cascotes de argamasa que lo sellaban. Introdujo la hoja entre el muro de cantería y el extremo superior de la losa, y esta cayó en su

mano. La limpió con la manga de la túnica. «El símbolo del carnero», comprobó.

—Amón —expresó ilusionado. El dios que él y los Rakotis reverenciaban.

Amón era una deidad muy influyente en el Egipto antiguo, comparable al Zeus griego o al Júpiter romano. Representado como un hombre de piel rojiza o azul, llevando tocado de plumas segmentadas y portando el cetro⁴ y la cruz ansada⁵; o en forma de animal con cabeza de carnero. Inicialmente considerada divinidad del aire, luego se le asoció a Ra: dios del cielo, el sol y el origen de la vida; por lo que exhibía un disco solar en la base (Amón-Ra). Sus sacerdotes gozaron de tanta autoridad, que llegaron a ser reyes.

Se le llamaba también «Padre de todos los vientos» o «El oculto», dado que no se podía ver, pero sí sentir. Símbolo del poder creador. Alejandro Magno le hizo espléndidas ofrendas en el oráculo de Siwa y allí fue erigido hijo de Zeus Amón. Momento a partir del cual vistió una toca con la figura del carnero.

Detrás del mosaico, un nicho contenía cierto bulto de tela engrasada. Lo tomó y desenrolló hasta dejar al descubierto una alforja de cuero impecablemente conservada. Devolvió el lienzo a la concavidad y sostuvo la baldosa con dos cuñas de madera arrancadas a la escalera. Se colgó la alforja al hombro, subió al patio y cerró la trampilla.

Nuevamente, violaría el juramento. Pero esta vez no leería el manuscrito: le sacaría un duplicado.

4 *Cetro uas (o was)*: vara recta coronada con la cabeza de un animal fabuloso, con el extremo inferior ahorquillado. Simbolizaba el poder, la fuerza y el dominio en la mitología egipcia.

5 Cruz ansada o *Anj (ꜥ)*: significa «vida». Indicaba la competencia de los dioses sobre la vida y la muerte. Simbolizaba la inmortalidad.

Año 30 a. C.

—Hijo —sentenció Cleopatra—, viajarás a la India como he ordenado, no hay nada más que discutir. La entrada de Octavio a la ciudad es inevitable. Y está decidido a acabarnos. No te perdonará la vida como ingenuamente cree tu tutor.

Rhodon, preceptor del joven rey, de pie entre los presentes, bajó la cabeza avergonzado.

—Pero, madre, yo soy el rey... —dudó por un instante y agregó con respeto—: junto a ti. ¿Qué pensarán mis súbditos si su soberano huye? Siempre me has inculcado que soy como mi padre. Soy César. Prefiero enfrentar a Octavio y a sus legiones. Sé defenderme. Puedo derrotarlo.

La última frase casi no la terminó. Redujo la voz al mínimo que podía sostener su confianza.

La reina cambió el semblante monárquico, frío y distanciado que la etiqueta demandaba, y lo miró con ojos de madre. Aquellos grandes ojos de cejas prolongadas, delineadas en negro. Un afeitado a lo egipcio que no necesitaba.

—Hijo —era la segunda vez en la mañana que lo llamaba así—, no se trata de huir. No lo veas como una deshonra. Se trata de preservar la vida hasta que nos reorganicemos y cobremos nuevas fuerzas para volver a reinar —notó la debilidad de su argumento en las tantas batallas perdidas y agregó—: sería una tontería pretender seguir creyéndonos los reyes de Egipto. Hoy nada más somos dos seres humanos cuya vida peligrará y estamos obligados a hacer lo imposible por conservarla. Así que evitemos la imperdo-

nable necedad del orgullo. Antonio ha muerto, tus tres hermanos viajan en estos momentos con rumbo... —vaciló, miró a los concurrentes en el salón y añadió— desconocido, y es posible que no consigan escapar como deseamos. Y tú...

Dejó la frase inconclusa. Se puso de pie. Ordenó a los guardias y a Rhodon que esperaran su regreso en el salón y le dijo al joven: —Ven conmigo.

Recogió en una mano la larga túnica. Su cuerpo se insinuó apretado bajo el lino blanco con la esbeltez que había exhibido siempre. A pesar de sus treinta y nueve años, se mostraba todavía sólido y exquisito.

La rotunda belleza que había perturbado la mente y los planes de los dos hombres más importantes de Roma: Cayo Julio César, padre del joven que la acompañaba por el pasillo hipóstilo, el mayor estratega que jamás comandase ejército alguno en Italia. Y Marco Antonio, progenitor de sus otros tres hijos, el jefe militar que había lanzado al pueblo romano contra los asesinos de César y que, hasta solo unos meses atrás, le disputaba a Octavio el trono imperial. Cuando, trastornado por la falsa noticia del suicidio de su esposa y reina, hacía pocos días, se había quitado la vida arrojándose valerosamente sobre su espada.

Se dirigieron a la terraza norte del palacio. En el horizonte, las llamas, el polvo y un clamor apagado que el viento diseminaba por doquier, anunciaban las múltiples contiendas que ese día —el último que viviría el Egipto faraónico— se libraban en torno a la urbe.

Debajo de la azotea, un fastuoso dromos, la avenida procesional escoltada por esfinges, unía la fachada norte del palacio con el embarcadero del faraón en el Gran Puerto oriental.

En otros tiempos, se habría visto el quehacer cotidiano de los alejandrinos en la bella metrópoli, junto al ir y venir de los presumidos funcionarios palatinos. Hoy, el paisaje exhibía la apariencia de un territorio sitiado. Las calles sucias, los quioscos y toldos de los mercaderes desolados, carretones volcados o despojados de sus animales de tiro. Gente corriendo o acarreando grandes bártulos. En grupos o en solitario. En silencio o a gritos.

El faro estaba apagado y la gran biblioteca cerrada; ambos por primera vez en doscientos cincuenta años.

El palacio había sido arrasado por los propios centinelas mientras desertaban.

Cuatro esclavas portando cada una el flabelo⁶ se les sumaron a su entrada a la solana para abanicarles. Cleopatra las despidió con un gesto hosco de la mano, e hizo señas al guardia que les seguía, un hombre de tamaño hercúleo y tez entre oscura y cobriza, para que se apostara en la puerta.

—No dejes pasar a nadie, Nectab —le dijo en tono cordial, inflexión que la reina no acostumbraba emplear con sus vasallos.

El joven saludó al guardia con una mueca displicente y este hizo una amplia genuflexión.

Al quedar solos en la terraza, la madre se atrevió a tomar las manos del hijo.

—César —le dijo con ternura—, olvida todo cuanto he dicho en la sala de audiencias. Hoy es nuestro último día en Alejandría. A partir de mañana reinará el caos en el país. He dispuesto lo siguiente. Debes estar de acuerdo si quieres salvar la vida y nuestro legado. En unas horas partiré de incógnito hacia Paretonio, para después, en uno de los barcos que logramos salvar en Accio navegar hasta Massalia,⁷ desde donde viajaré a la capital. Seré una simple ciudadana romana que pretende establecerse como maestra de escuela.⁸ Tú pondrás rumbo al suroeste hasta Siwa⁹ con Nectab y Filippo, el nuevo tutor que he nombrado para ti. Es el único rincón de Egipto donde los romanos no se atreverán a llegar. Y si lo hacen, será solo en viaje de exploración. No creo que dejen en medio del desierto una guarnición permanente, ni envíen tropas tan numerosas que Nectab y tu escolta no puedan, de momento, derrotar.

6 Flabelo: abanico grande con mango (en latín, *Flabellum*, de *Flabrum*: «soplo del viento»).

7 Massalia: hoy, Marsella. Estado federado de Roma que había obtenido en esa época, a través de la *Lex Julia*, la ciudadanía para sus habitantes.

8 En latín, *Magister ludi*.

9 El antiguo nombre egipcio de Siwa era *Sekht-am*, que significa «tierra de palmeras».

—¿El desierto, madre? —exclamó angustiado el joven.

—Sí. Es necesario. Allí cuidarás de dos importantes encomiendas. Ni siquiera aquí puedo decirte cuáles son. Temo que hasta nuestras túnicas tengan oídos. En la puerta sur de palacio te espera una caravana. Es tu guardia personal. Son apenas diez hombres para no despertar sospechas, pero te defenderán como si fuesen cien.

—En Siwa aguarda por ti lo que deberá ser tu trono por el resto de la vida si no conseguimos que Roma caiga. Ya lo he concertado... —agregó.

— ¡Pero, madre! —protestó el chico al percatarse de que la reina no lo había tenido en cuenta para sus decisiones.

—Escúchame bien. Tiene que ser así —dijo ella con firmeza—. Es la única manera de defendernos. Tú y yo desapareceremos. Pero algo salvaremos... algo trascendental, en espera de que podamos nuevamente gobernar. Hoy, Roma es sobradamente poderosa y ambiciosa. Nosotros nunca seremos sus aliados, sino sus siervos y hetairas.

«¿Ahora te has dado cuenta?», pensó el joven y calló.

—¿Por qué no viajamos todos juntos? —preguntó.

—Es demasiado peligroso. Seríamos un blanco llamativo y terminaríamos siendo presa fácil de los romanos. He desmembrado a mi familia con la esperanza de multiplicar las posibilidades de escape. Cuando llegues a Siwa debes resguardar la encomienda en la gruta que he especificado. Nectab te revelará mis instrucciones. Permanecerás allí hasta recibir noticias mías. Viajarás como ayudante del sacerdote del templo de Amón. Ya conoces el ritual.

—¿Qué legado salvaremos, madre? Si la ciudad pronto arderá hasta sus cimientos y perderemos el palacio, la biblioteca, el faro, el Serapeo, la tumba de Alejandro y la de nuestros antecesores.

—Confía en mí, César. Confía. No te puedo explicar más. Pero en Siwa te harán entrega de una carta mía donde te cuento todo. ¿Sabes por qué el sarcófago de Alejandro está aquí en Egipto y no en Aigai?

—Por una estratagema de nuestro primer rey: El Sóter, el salvador o protector. Hace más de trescientos años.

—Exacto. Pero la que mostramos hoy al mundo en el mausoleo es únicamente una réplica, un duplicado. También por una argucia del rey Sóter.

El joven se sobresaltó. Intentó preguntar algo pero la reina continuó:

—Tú y yo a partir de hoy seremos un duplicado. En eso debemos convertirnos para salvar la vida.

El muchacho parpadeó varias veces mientras sopesaba la idea, hizo un gesto de resignación, asintió y escurrió una lágrima en su mejilla.

—Te extrañaré —alcanzó a decir. E hizo un esfuerzo por no romper a llorar.

—Yo también, hijo mío. Recuerda, eres el Rey de Reyes. Ptolomeo César, hijo de Cayo Julio César, el más noble entre los romanos, y de Cleopatra Filopator Nea Thea. Serás un gran rey como lo fue el Sóter. Como tu padre, que murió sin llegar a coronarse. Como Alejandro, que, a pesar de que apenas reinó trece años, nos inspira hasta hoy... Pero, si nunca logramos recuperar Egipto, tu labor, aunque ignota, también será magnánima.

«Por fin veo que me quieres, madre. Yo que tenía celos de Antonio», pensó el chico, pero no pudo expresarlo.

—Un doble tuyo partirá hoy para Berenice rumbo a la India con tu tutor, que no me ofrece confianza alguna. Una tropa que he destinado los mantendrá separados durante el viaje a una distancia prudencial que le impida ser reconocido. Si Rhodon decide traicionarnos, entregará a los romanos a un impostor. Si llegan a la India, allí les recibirá Festus, tu tío el mercader, y ya no importará si cae en cuenta de que trasladaba a un rey falso. No dejes que nadie sepa adónde te diriges. Confía solo en Filippo y en Nectab. Un doble mío mañana optará por la muerte ritual bajo la mordedura de áspid. El veneno le hinchará y deformará tanto el rostro y el cuerpo que no la identificarán. A fin de cuentas, Augusto hace muchos años que no me ve. No creas a nadie si te dicen que he muerto.

«¿Y si mueres de otra manera? ¿Si naufragas en el viaje a Mas-salia?», pensó él.

Ella adivinó sus pensamientos y añadió:

—Yo me salvaré, hijo, y tú también. Siempre recibirás noticias mías con alguien de confianza. Ya verás.

El joven pensó en Is, la hermosa esclava que era una verdadera réplica de su madre con ocho años de menos y se estremeció. Era Is quien le había iniciado hacía ya tres años en los placeres de la carne. Su noche más dichosa como rey. Luego había poseído a cualquier esclava que le apeteciera, pero Is, enviada por Cleopatra para aquel menester, había sido con mucho la mujer más bella que conociera en su corta vida. Se decía en el palacio que, en ciertas noches, Cleopatra se la enviaba a Antonio cuando le molestaban los achaques típicos de la gravidez y el romano le había jurado en la alcoba que su cuerpo era tan hermoso y dulce como el de la propia reina. Parte de sus celos con Antonio los debía a Is.

Le horrorizó imaginar las bellas facciones y formas hinchadas e inertes a causa del veneno.

Había visto morir a otras personas mordidas por áspides y sabía que el sitio donde la víbora depositaba la ponzoña se paralizaba, de inmediato inflamaba todo el cuerpo, se llenaba de puntos hemorrágicos que crecían con rapidez hasta convertirse en manchas que sangraban, se ulceraban y hedían. La vista se nublaba hasta enceguecer y no se conseguía tragar ni siquiera agua.

Cuando la mordedura no mataba a las víctimas con rapidez por asfixia y hemorragias, sobrevenía entonces una agonía dolorosa y lenta, hasta que el corazón se detenía.

Evitó imaginar cómo sería tal martirio en caso de ser expuesto el inmolado al veneno de varios áspides para acelerar su muerte.

Hizo un mohín de dolor y dejó escurrir otra lágrima.

—Vámonos. Se hace tarde. Octavio puede estar antes de lo previsto en la ciudad. Y el desconcierto imperará... Escucha, deberás llevar contigo el tesoro real. Te suministrará fondos suficientes para todos tus gastos durante años si lo administras sabiamente.

Ah, y para el mundo te llamas Apedemak, como el dios-león nubio. Ha sido casi olvidado en Egipto.

«Como pronto lo seremos nosotros», pensó César.

—En Debod se conoce como Pa-ere-meky. ¿Sabes qué significa?

Cleopatra hacía gala de sus conocimientos. No solo hablaba griego, sino latín, hebreo, sirio y arameo. Y había sido la primera de su dinastía que hablara egipcio.

—El protector —respondió él, que también había recibido una instrucción de base griega, pero con amplios conocimientos de la cultura latina y egipcia. Además de una esmerada preparación física, haciendo honor a aquel precepto heleno del «hombre realizado» que más tarde retomarían los romanos.

—Exacto. Como nuestro antecesor: Ptolomeo Sóter —subrayó ella—. Pero ese significado es otro de los secretos que deberás guardar. Para todos provienes de Nubia como Nectab. Y eres un ayudante del templo. Nunca has estado en el palacio de Alejandría ni conoces los entresijos de la vida de la reina o de su familia. Nada más sabes orar y... perdonar. Adiós, hijo. Espera noticias mías. Te escribiré una tal Aquilia. Una romana de la cual fuiste escriba en Meroe. Esa seré yo. Adiós *Kaisaríon*.¹⁰

Al siguiente día, Octavio entraría en la ciudad. Encontraría el cadáver irreconocible de la supuesta reina en su recámara y, días más tarde, Rhodon regresaría de Berenice y la tropa que conducía entregaría al fingido hijo de César. Octavio lo encerraría en los fosos del palacio y, sin siquiera verle, daría órdenes a sus guardias de estrangularlo.

Para todo el mundo Cleopatra y Ptolomeo César estaban muertos.

Pronto se haría evidente que en Roma emergía un pujante y poderoso imperio, y que los lágidas nunca volverían a reinar en Egipto.

Al regresar a Italia, Octavio exhibiría orgulloso a los tres hijos de Marco Antonio y Cleopatra —capturados mientras huían de

¹⁰ *Kaisaríon*: en griego, Cesarión o Pequeño César.

Alejandro— encadenados, como trofeos de guerra. Y se los entregaría a su hermana Octavia la menor, esposa de Antonio previo a sus amoríos con la reina egipcia.

No quedaría nada de la República romana. Con Marco Antonio el Triunviro había muerto su último sueño.

Tampoco sobreviviría el Egipto faraónico que los ptolomeos habían convertido en el reino más próspero del mundo, y que tenía en Alejandría el emporio más opulento y culto del mediterráneo. Una capital en la que convivían griegos, egipcios, sirios, judíos, nubios y romanos; filósofos, sacerdotes, escribas, comerciantes, guardias y pescadores.

El nuevo gobernante del país, el Prefecto de Egipto, sería un nuevo conquistador, como tres siglos atrás habían sido los macedonios, pero, a diferencia de estos, no respetaría ni preservaría la cultura ancestral del país. Un usurpador no contentado con alianzas y triunviratos que haría todo lo posible por borrar su memoria. Con los siglos, se olvidarían la escritura, el lenguaje, la religión y hasta la fisonomía de los antiguos egipcios que habían hecho florecer durante tres milenios una civilización aún hoy no superada. Las arenas enterrarían sus colosales monumentos.

Pero nadie podría impedir que se salvara, para tiempos más favorables, el gran tesoro de los helenos a la humanidad.

La madre y el hijo se fundieron en un abrazo.

27 a. C.

Al decurio Lucio Cornelio Gelio le tomó diez días recorrer las quinientas millas que separaban Siwa de Alejandría.

Después de rodear el lago Mareotis puso rumbo al suroeste, adentrándose rápidamente en el desierto. Viajaba acompañado por su hijo Marco. Un joven de diecinueve años que anhelaba ver realizado el *cursus honorum*¹¹ en la política, y a quien él le había instado a servir en Egipto durante dos años como astero,¹² bajo las órdenes de un centurión amigo, para adiestrarlo en las armas.

Marco lucía gallardo con su casco sin penacho, pues aún no era un oficial; el escudo oblongo; la gladio o espada corta al cinto; y la jabalina, en la que creía ser muy diestro. Montaba un caballo blanco al que había bautizado Genitor, como el de Julio César, e iba conversando con un soldado tan bisoño e inexperto como él: Cneo Julio Crispo, su amigo. Joven enclenque y timorato, hijo de un oficial de provincia que le había empujado a la carrera militar para imitar a Gelio, ignorando que le exponía al ridículo y a una muerte segura, dada su falta de gallardía, temple o robustez.

La misión de Lucio era destruir el templo de Amón, emplazado en el oasis de Siwa. Lo consideraba una tarea fácil. Por tal motivo,

11 *Cursus honorum*: carrera política o escalafón de responsabilidades públicas en la antigua Roma. Se instauró durante la República y siguió existiendo durante el imperio, sobre todo para la administración de las provincias dependientes del Senado.

12 Astero o lancero: en latín, *hastatus*. Clase de infantería en los ejércitos de la República romana.

había llevado consigo nada más que una turma¹³ de treinta jinetes. Con ellos lo reduciría a polvo.

Había solicitado a Verio Emilio Quinto, centurión de la unidad donde prestaba servicio Marco, que permitiera participar al joven en aquella escaramuza. Oportunidad que Quinto aprovechó para enviar también a su hijo.

Se sentía ansioso por llegar al oasis y que los jóvenes le vieran arrasarse con los sacerdotes, como estaba haciendo Lucio Galo en Tebas con el templo y los partidarios de los reyes griegos. De paso, disfrutaría viendo a Marco, y tal vez a Cneo, empuñar la jabalina contra los nativos cuando huyesen en desbandada.

Por eso se asombró al divisar desde una duna la anchurosa hondonada poblada de palmeras. De pronto, el desierto pedregoso e hirviente abrió paso a una extensión ilimitada de datileras. Como un espejismo. Y el aire se tornó más fresco y menos seco.

Le maravilló el tamaño del lugar. Historias que había escuchado contaban que la depresión donde se encontraba el oasis ostentaba el tamaño de una isla. Acogía cientos de manantiales, estanques y pozos de diversas dimensiones, y hasta lagos de agua salada. El estanque mayor de Siwa poseía la mitad de la extensión del lago Mareotis.

De sus lecturas a Polibio y Diodoro Sículo, que ahora recomendaba a su hijo, habían emergido relatos que le hicieron menos penoso el itinerario a través del sol del desierto, la carencia de agua y las tormentas de arena.

—Hace tres siglos, aquí estuvo Alejandro —dijo visiblemente impresionado—. En este sitio el oráculo le proclamó hijo de Zeus Amón. Y pidió ser enterrado junto al dios a quien llamó Padre. Pero hoy el templo será apartado del camino de Roma porque representa un grotesco recuerdo de los griegos. Hay que privar a los egipcios de su creencia.

El romano ordenó a un auxiliar mantener bajo vigilancia a dos nativos que le servían de guías. En primera instancia, tuvo inten-

13 Turma: escuadrón de caballería del ejército romano. Conformada por 30 jinetes bajo las órdenes de un *decurio* en las unidades auxiliares, o de un *centurio* en las legiones.

ciones de ejecutarlos allí mismo, pero sintió temor de perderse durante el regreso, como le sucediera cinco siglos atrás al ejército enviado por Cambises, hijo de Ciro el Grande, para someter al oráculo de Amón. Eclipsado en el desierto con cincuenta mil hombres sin dejar huellas, envuelto en una lunática tormenta de arena.

Mientras recorría con su vista la hondonada verdeada de palmeras que se perdía en el horizonte, y alcanzaba a divisar las columnas y estatuas del templo sobresaliendo en la lejanía, mandó cargar a la caballería.

Los treinta jinetes se dirigieron hacia las datileras, dejaron atrás un grupo de casuchas abandonadas, y al llegar al poblado central del oasis, esquivaron varias plantaciones protegidas por altos cercados, y enfilaron por un camino estrecho pero lo suficientemente ancho como para permitir el paso de las caravanas que arribaban buscando agua, sombra y cobijo.

—¡Espera! —le dijo a Marco cuando le vio espolear su caballo. En la celeridad de la contraorden se patentizó una sombra de ansiedad y recelo. Cneo, el jovenzuelo macilento, detuvo el suyo en seco y miró a la redonda espantado—. Deja que avancen un poco —les advirtió a ambos—. Daremos un rodeo y entraremos por el flanco izquierdo por si intentan huir hacia el sur —rectificó, e hizo trotar al caballo a un paso más apropiado de una parada militar que de un combate.

Demoraron largo tiempo en sortear el extremo este. Viendo que hacia el sur el oasis no daba muestras de menguar, y que ya sus tropas habían tenido tiempo suficiente de aniquilar a la mayoría de los habitantes, decidió penetrar por uno de los senderos abiertos entre los cultivos y poner rumbo al noroeste, donde pensaba toparse con el último reducto de los amonitas en retirada.

Lejos de eso, vio a un caballo de la turma que venía a su encuentro, azorado. Nadie lo cabalgaba.

Entonces no tuvo más remedio que espolear al suyo. Los dos jóvenes tomaron ventaja y le dejaron atrás rápidamente, perdiéndose entre los árboles.

No se veían trazas de nativos, sacerdotes o guardias egipcios. Ni de romanos. Sabía que el oasis acogía, alineadas de este a oeste, a varias aldeas pequeñas y, en el centro, cerca del mayor estanque, la maciza edificación de piedra del templo y un poblado de superiores dimensiones. Mientras hacia el sur estaba despoblado. Lejos de escucharse gritos de aldeanos asustados o victimados, el silencio les rodeaba.

Tampoco percibían el clamor de la caballería al atacar. Por momentos escuchaban un gemido bronco, el relincho de un caballo y enseguida el propio animal en fuga.

«¿Qué está sucediendo?», se preguntó. «Hay algo que anda mal aquí».

Cuando se topó con el próximo alazán espantado, Lucio dedujo lleno de terror: «Nos estaban esperando».

Los jóvenes arribaron al templo de Amón. En medio de la escalinata hallaron un cuerpo decapitado. Vestía el uniforme del ejército romano. Su mano empuñaba la lanza. El casco se encontraba a varios pies de distancia y aún guardaba la cabeza del legionario.

Por el aspecto parecía Manlio, el jefe de la turma, aunque estaba desfigurado por el golpe, la sangre y el horror.

Frente a la puerta abierta del templo, un sacerdote herido rezaba al cielo las palabras:

—Hijo de Zeus...

—¡Mira! —le dijo de pronto Cneo a Marco.

Ambos alzaron por instinto sus jabalinas y presenciaron algo que les paralizó.

Por la puerta del santuario emergió una figura espectral. Alcanzó la escalinata en breve y avanzó en dirección a los jóvenes.

Era un jinete envuelto en volutas de niebla. Llevaba un yelmo de acero que relucía como plata bruñida, un collar guarnecido con piedras preciosas y la cota sostenida por un broche finamente estampado. Portaba un escudo dorado y una espada que figuraba de perfecto temple y recia empuñadura. El semental negro que cabalgaba trotaba con paso solemne.

—¡Alejandro! —gritó Marco.

—¡César! —exclamó Cneo.

El tiempo se espesó cuando el fantasma cruzó a nivel de los soldados.

Se trataba de la vestimenta y el caballo de Alejandro, pero las facciones reveladas bajo el casco eran las de un Julio César tan joven como ellos. Habían visto con anterioridad los rostros de ambos: del primero, en un maltratado mausoleo que aún podía visitarse en Alejandría; del segundo, en sus múltiples estatuas dispersas por el orbe romano.

De repente, un destello surcó el aire.

El extremo de la jabalina y el casco de Marco rodaron por el suelo.

Cneo se quedó petrificado mientras observaba la cabeza del amigo girar y escuchaba el tintineo de la lanza al chocar contra los escalones. Los ojos del jinete se cruzaron con los del muchacho, y este advirtió la mirada poderosa del conquistador.

Alejandro-César se perdió en la espesura de la bruma.

—¡Qué ha sucedido aquí! —gritó el decurio horrorizado, nada más arribar al templo.

Como no obtuvo respuesta de Cneo, todavía estupefacto, arremetió contra él:

—¡Imbécil! ¿Qué has hecho? ¡Lo has matado! ¿Qué has hecho, cobarde?

El joven salió a duras penas de su parálisis y dijo aterrorizado:

—Ha sido el dios.

Lucio miró hacia la puerta vacía del templo, por donde salía una nube de humo blanca e irrespirable.

—¿Qué dices, idiota? ¿De qué dios hablas? ¡Has matado a mi hijo!

—¡Juro por Júpiter que ha sido el dios del templo con la forma... de Alejandro o... del César!

—Pero ¿qué dios, asesino? ¿Qué César, estúpido? ¡Si aquí no hay nadie!

Lucio Cornelio Gelio, en venganza por la muerte de su hijo, profundamente consternado y harto de oír sandeces en boca de Cneo Julio Crispo, le atravesó con la espada.

Ptolomeo César, convencido de que no llegaría a Alejandría, persuadió a Nectab de no liquidarlo en esa oportunidad y le dejó marchar.

Durante el regreso, Lucio, su auxiliar, y los dos guías se desviaron al sur huyendo del espejismo de una tormenta de arena que continuamente aparecía frente a ellos en el horizonte, y acabaron en manos de un bando de forajidos que huía de los desmanes de los romanos en Tebas.

Las arenas se habían tragado a otros treinta invasores.